

Fecha 13.04.2020	Sección Primera - Opinión	Página 9
----------------------------	-------------------------------------	--------------------



Consejero por excelencia, Jaime Ruiz Sacristán luchó hasta el final. Extrañaremos la seguridad que nos brindaba y su calidad humana.

Jaime Ruiz Sacristán (1949-2020)

Hace tan sólo unos meses, junto con Carlos, su hermano, celebrábamos el setenta cumpleaños de ambos. Una comida entre amigos que reflejaba esa personalidad con la que conviví casi tres décadas: sencilla, reservada y con mucha atención al detalle.

Jaime siempre fue de pocas palabras. Su voz tenue y difícil de entender obligaba a poner atención. Repetidas veces el “¿qué dijiste?” era necesario, incluso entre sus más allegados. ¿Pedírselo por escrito? Mala idea; su letra era aún más complicada de entender. Es por esto, creo que le fue fácil inclinarse por los números y dedicar toda su vida a la banca y las finanzas.

Con frecuencia, colegas y subalternos buscaban a Jaime para que, con paciencia, les explicara un balance, un estado de resultados, cómo elaborar una proyección o calcular un valor presente. De la misma forma, en múltiples ocasiones era consultado por secretarios de Hacienda y gobernadores del Banco de México. Sin embargo, llevar un asunto al comité de crédito donde él participaba era una tarea estresante, como cuando el estudiante se apresta para su examen profesional. Si existía una falla, un error, una suma mal hecha, inclusive faltas de ortografía, por mínimas que fueran en un estudio de decenas de páginas, Jaime la encontraba; y su juicio era implacable.

Con ese don para desenredar los números, desnudar empresas y exponer su realidad, y su gran capacidad negociadora, fue artífice, en gran medida, de fusiones y adquisiciones por todo el mundo, ayudó a la creación y desarrollo de importantes empresas en las que hoy colaboramos decenas de miles de personas en más de cuarenta países, en Kaluz, Orbia, Elementia, Bx+ y Byline Bank entre otras. Con el mismo entusiasmo participó activamente en el proceso de desincorporación bancaria a principios de los

años 90, dirigió y sacó exitosamente, junto con mi padre, a una de las mayores instituciones bancarias, en aquel entonces Bitel, de una de las más difíciles y profundas crisis en la era moderna de México, y se arremangó para iniciar un banco desde cero. Como buen banquero, fue cauteloso y examinaba todo posible resultado o consecuencia antes de tomar una decisión. Podía detectar cualquier argucia oculta en las numerosas cláusulas de contratos interminables elaborados por los más sofisticados abogados.

Su preocupación por la industria y por el país fue más allá de su ámbito laboral y se vio reflejada en su periodo como presidente de la Asociación de Bancos de México, de 2011 a 2013, y como presidente de la Bolsa Mexicana de Valores hasta el día de su muerte.

Su calidad humana no sólo se sentía en el trabajo; se respiraba en Maribel, su compañera de toda la vida, sus tres hijas, yernos y seis nietos.

Se le extrañará en casa, en la oficina, en la industria. Muchos echaremos de menos la seguridad que nos daba tenerlo cerca al momento de tomar una decisión difícil.

Nunca olvidaré la última vez que lo vi. Entró a mi despacho y me dijo: “Toño, te saludo de lejitos porque no me siento bien, no vaya a ser coronavirus”. Ambos soltamos la carcajada.

El consejero por excelencia luchó hasta el final. Antes de ser sedado por última vez, mandaba mensajes por WhatsApp, contestaba correos electrónicos. Seguía trabajando. “Me van a pasar a terapia intensiva porque se me sigue bajando el oxígeno, y me van a dar un tratamiento más fuerte”, me dijo.

El maestro de muchos era también mi mentor, mi consciencia y, más que un tío, mi amigo.

Me siento muy afortunado. Gracias, Jaime. Y gracias a la vida por permitirme haber convivido contigo.

